es la expresión abreviada de la parte de humanidad incluída en el signo. No hay un ser, España, diferente de la suma de los españoles. Cuando hablamos de una desgracia o de una ventura nacionales, nos referimos a los seres innumerables que la soportan o la disfrutan. Decíamos: el hambre en Rusia, no de Rusia, porque no se morían de hambre una matrona emblemática, ni siquiera la nación misma, sino millones de súbditos del Zar Nicolás o del Zar Stalin. Francia ha ganado la batalla del Marne. ¿Quién, Francia? Unos cuantos miles de franceses la ganaron para Francia, es decir, para tantos millones de compatriotas. La nación es un fenómeno vital, inseparable del de la masa de pobladores. Que el nombre de masa no le haga a usted pensar en una degradación. Lo nacional es, en último extremo, un modo de ser. El cual se conoce, se nombra, se opone a otros modos, cuando a fuerza de tiempo, ciertos rasgos, que reaparecen invariables, prueban su permanencia típica. Todo proviene de la conducta de la masa, que al revelarse puede ser pensada en la categoría de lo nacional. Ella misma es la nación. Labra su propio destino, lo soporta. El famoso espíritu nacional a que usted apela en demanda de normas decisorias, no es llama procedente de la combustión de aromas exquisitos; arden también materiales repulsivos. Rechazo igualmente la opinión de usted (aquí nos limitamos a opinar, pero el mundo

se divide y gobierna por opiniones), sobre la raíz propia de lo nacional en el ser de cada individuo. Del individuo *solo* a lo nacional no hay tránsito directo. El individuo *solo,* podrá ser un anacoreta, un salvaje, un primo carnal del gorila. La comunión nacional se establece, no a pesar, sino a través precisamente de otros grupos y situaciones que según usted, la embarazan: A través de la familia, la religión, la profesión, el partido, el sindicato... sí, el sindicato ¿por qué no? Aunque usted se anticipe a pensar la nación como una forma de la que provisionalmente se abstrae todo contenido, signo de un valor x (del interés nacional), no averiguado todavía, el concepto de nación no cuelga del cuello de cada español como una cápsula vacía, en memoria de una razón desinteresada cuya autoridad sirva para conjurar o resolver los conflictos de intereses particulares. No lo digo para mostrar la ineficacia del interés nacional como dirimente de nuestro conflicto, el hecho está a la vista, sino para encontrar el motivo de la ineficacia. El conflicto mismo nace de haberse embotado la facultad de percibir el valor nacional. O de haberse dividido su aprecio irrevocablemente, porque la nación es inseparable de sus componentes. Invocarlo, es una petición de principio. Lo cual autoriza la consecuencia extrema de que la nación española, cuando menos pasajeramente, ha dejado de existir. Admito ¡quién lo